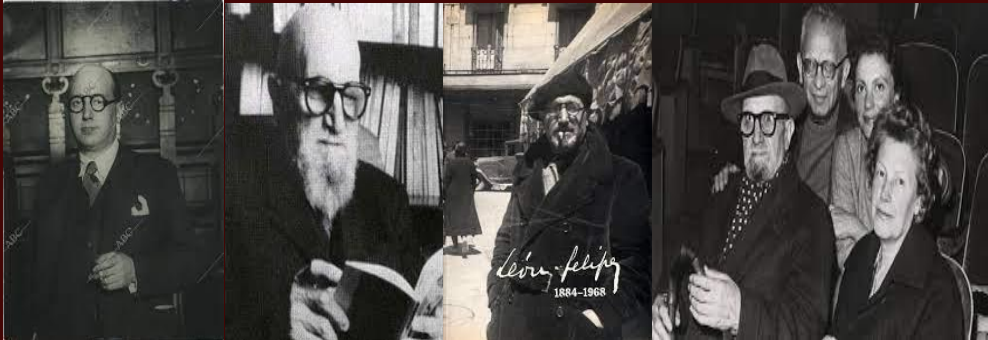


León Felipe



Los dos mundos

VERSIÓN 1 Poema recitado (Extracto)

Hay dos mundos: el de las formas y el de las esencias,
el de las formas que se desgastan y el de las esencias eternas,
el de las formas que se mueren y el de las esencias que
comienzan a organizarse de nuevo.

En el mundo de las formas desgastadas
están los símbolos obliterados,
los ritos sin sentido,
las medallas sin leyenda,
los hombres huecos,
el verso vano
y la oración muerta que van contando las avellanas horadadas
de los rosarios.

Dios, la fuerza original y creadora, se ha ido de este mundo, y
todo se ha quedado sin sustancia.

Es la época de los héroes.

Es la época en que todo se reforma y se revuelve:
las exégesis se cambian del revés,
los presagios de los grandes poetas se hacen realidad,
Prometeo se liberta,

aparecen nuevos cristos,
y las viejas parábolas evangélicas se escapan de la ingenua
retórica de los versículos para venir a mover y a
organizar nuestra vida.

Ahí están, ¡miradlas!

Ahí están en el aire todavía temblando de emoción,
cruzando los cielos desde hace veinte siglos,
en la curva evangélica de una parábola poética:
«Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja
que entre un rico en el reino de los cielos».

Y esta metáfora del camello y de la aguja, del pobre y del rico
tiene un sentido que, desentrañado y realizado, puede llenar,
si no de alegría, de dignidad la vida del hombre.

Ésta es la exégesis heroica,
la exégesis prometeica,
escuchad:

Hay que salvar al rico, hay que salvarle de la dictadura de su riqueza,
porque debajo de su riqueza hay un hombre que tiene que entrar
en el reino de los cielos,
en el *reino de los héroes*.

Pero también hay que salvar al pobre,
porque debajo de la tiranía de su pobreza hay otro hombre
que ha nacido para héroe también.

Hay que salvar al rico y al pobre.

Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el hombre.

El hombre, el hombre heroico es lo que importa.

Ni el rico

ni el pobre

ni el proletario

ni el diplomático

ni el industrial

ni el comerciante

ni el soldado

ni el artista

ni el poeta siquiera, en su sentido ordinario, importan nada.

Nuestro oficio no es nuestro destino.

«No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña al
hombre a ser un héroe».

El hombre heroico es lo que cuenta,
desnudo bajo la noche y frente al misterio,
con su tragedia a cuestas,
con su verdadera tragedia,
con su única tragedia...

la que surge, la que se alza cuando preguntamos, cuando
gritamos en el viento:

¿Quién soy yo?

Y el viento no responde... Y no responde nadie.

¿Quién soy yo?... ¡Silencio!... Silencio.

Ni un eco... ni un signo...

¿Quién soy yo?

Silencio... silencio... Otra vez el silencio.

VERSIÓN 2 Poema completo

Hay dos mundos: el de las formas y el de las esencias,
el de las formas que se desgastan y el de las esencias eternas,
el de las formas que se mueren y el de las esencias que
comienzan a organizarse de nuevo.

En el mundo de las formas desgastadas
están los símbolos obliterados,
los ritos sin sentido,
los uniformes inflados,
las medallas sin leyenda,
los hombres huecos,
los cuerpos de serrín,
el ritmo doméstico y sonámbulo,
la exégesis farisaica,

el verso vano,
y la oración muerta que van contando las avellanas horadadas
de los rosarios.

Dios, la fuerza original y creadora, se ha ido de este mundo y
todo se ha quedado sin sustancia.

En el mundo de las esencias que quieren organizarse de nuevo
están las ráfagas primeras que mueven las entrañas de la tierra,
los huracanes incontrolables que sacuden la sustancia dormida,
la sustancia prístina de que está hecho el árbol y el cuerpo del hombre.
Y están también los terremotos que rompen la tierra,
desgarran la carne,
y desbordan los ríos y las arterias de nuestra anatomía
para dar salida al espíritu encadenado
y mostrarle su camino hacia la renovación y hacia la luz.

Es la época de los héroes.

Es la época en que todo se reforma y se revuelve:
las exégesis se cambian del revés,
los presagios de los grandes poetas se hacen realidad,
Prometeo se liberta,
aparecen nuevos cristos,
y las viejas parábolas evangélicas se escapan de la ingenua
retórica de los versículos para venir a mover y a
organizar nuestra vida.

Ahí están ¡miradlas!

Ahí están en el aire todavía temblando de emoción,
cruzando los cielos desde hace veinte siglos,
en la curva evangélica de una parábola poética,
estas palabras revolucionarias,
estas palabras prometeicas:

«Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja
que entre un rico en el reino de los cielos».

Los curas las han estado escupiendo,
vomitando desde los púlpitos, centuria tras centuria,

año tras año,
domingo tras domingo.
Los prelados y los obispos las han llevado de catedral en catedral,
de iglesia en iglesia,
de plástica en plástica,
y han acabado siempre por sentarse, después de los sermones,
a la mesa de este rico de tan dudosa salvación, para decirle así,
de una manera abierta y paladina:

El evangelio no es más que una manera retórica de hablar.
Sí, retórica tan sólo, hecha para adornar el sermón melifluido
y dominical de los predicadores elegantes.

¿Qué otra cosa podría ser? —dice el hombre doméstico.

Pero he aquí que llega ahora el poeta prometeico,
el hombre heroico que dice: No hay retórica.

El verbo lírico de Cristo y de todos los poetas del mundo
no es retórica,

es un índice luminoso que nos invita a la acción y al heroísmo.

Y esta metáfora del camello y de la aguja, del pobre y del rico
tiene un sentido que, desentrañado y realizado, puede llenar,
si no de alegría, de dignidad la vida del hombre.

Ésta es la exégesis heroica,

la exégesis prometeica,

escuchad:

Hay que salvar al rico, hay que salvarle de la dictadura de su riqueza,
porque debajo de su riqueza hay un hombre que tiene que entrar
en el reino de los cielos,

en el *reino de los héroes*.

Pero también hay que salvar al pobre,
porque debajo de la tiranía de su pobreza hay otro hombre
que ha nacido para héroe también.

Hay que salvar al rico y al pobre.

Hay que matar al rico y al pobre para que nazca el hombre.

El hombre, el hombre heroico es lo que importa.

Ni el rico

ni el pobre
ni el proletario
ni el diplomático
ni el industrial
ni el comerciante
ni el soldado
ni el artista
ni el poeta siquiera, en su sentido ordinario, importan nada.
Nuestro oficio no es nuestro destino.

«No hay otro oficio ni empleo que aquel que enseña al
hombre a ser un héroe».

El hombre heroico es lo que cuenta.

El hombre ahí,
desnudo bajo la noche y frente al misterio,
con su tragedia a cuestas,
con su verdadera tragedia,
con su única tragedia...

la que surge, la que se alza cuando preguntamos, cuando
gritamos en el viento:

¿Quién soy yo?

Y el viento no responde... Y no responde nadie.

¿Quién soy yo?... ¡Silencio!... Silencio.

Ni un eco... ni un signo...

¿Quién soy yo?

Silencio... silencio... Otra vez el silencio.

rinconpoetico.com

Extraído de

León Felipe. Poesías Completas.

Colección Visor de Poesía. 2004

Edición de José Paulino.

Edición-poema

El Rincón poético (Agustín de Andrés Ferrero)

Música

Ólafur Arnalds. *A sunrise Session With JFDR (Some Kind of peace).*